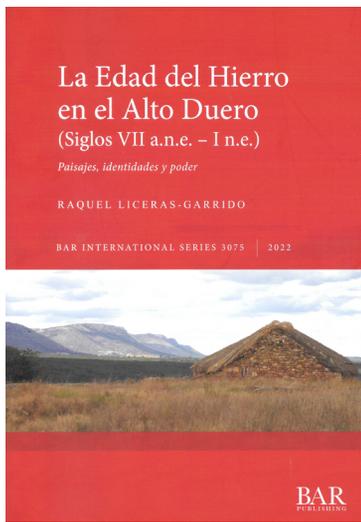


Complutum

ISSN: 1131-6993

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.90160> EDICIONES
COMPLUTENSE

Liceras Garrido, R. (2022) *La Edad del Hierro en el Alto Duero (Siglos VII a.n.e. – I n.e.). Paisajes, identidades y poder*. Oxford, BAR Publishing. BAR International Series S3075. Pp. xvii + 246. Tapa blanda. ISBN 978 I 4073 5933 5.



El trabajo de la Raquel Liceras Garrido es un estudio diacrónico de las comunidades prerromanas que se desarrollaron en la región del Alto Duero durante el I milenio a.n.e. En primera instancia podría pensarse que es “otro” trabajo sobre arévacos o celtíberos; pero no, no lo es. Es un trabajo novedoso que actualiza substancialmente las visiones que tradicionalmente se han presentado sobre aquellas comunidades. Pero hagamos un poco de historia para empezar a entender su verdadera importancia.

La investigación del mundo prerromano en el nudo Alto Duero-Alto Jalón muestra una larga tradición. El inicio de las excavaciones arqueológicas tanto en algunas necrópolis del Alto Jalón como en la propia Numancia a mediados del siglo XIX marcó el arranque de un periodo de intensa actividad investigadora que alcanzaría su punto álgido en las primeras décadas del siglo XX. Fue entonces cuando en el área soriana se iniciaron los trabajos en Uxama y Tiermes y cuando las excavaciones de Numancia cobran un notable impulso de la mano de A. Schulten y C. Koenen. Y fue también en esas décadas cuando Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, pone en mar-

cha su intensa campaña de excavaciones en diversos enclaves del curso Alto del Jalón que da como resultado la exhumación de yacimientos tan importantes como las necrópolis de Aguilar de Anguita, Luzaga o Arcóbriga.

Estos primeros trabajos, pronto reconducidos hacia posiciones más científicas por arqueólogos como Juan Cabré Aguiló, aportaron una “deslumbrante” materialidad a unas gentes que hasta ese momento se conocían, casi exclusivamente, gracias a lo transmitido por las fuentes grecolatinas. Pero tras la Guerra Civil la investigación sobre la Edad del Hierro en el interior peninsular experimentó una notable ralentización hasta la década de 1960, cuando se pusieron en marcha nuevas iniciativas centradas en la revisión de los materiales de las antiguas excavaciones. La monumental obra de W. Schüle “*Die Meseta-Kulturen Der Iberischen Halbinsel*” dio el pistoletazo de salida a una serie de trabajos enfocados a “ratificar” la visión de la Hispania céltica, y más concretamente de la Celtiberia, que se había pergeñado en la primera mitad del siglo XX. El resultado fue una imagen estática de aquellas sociedades, sujeta a la dictadura de la tipología y en la que las personas eran irrelevantes; a no ser que fuesen héroes o guerreros portadores de las espadas reiteradamente estudiadas y publicadas.

No obstante, desde los inicios de la década de 1980 se percibe un importante cambio en la investigación: los estudiosos abandonan los fondos de los muros y se trasladan al campo donde acometerán nuevas excavaciones, ahora preferentemente entradas en áreas de hábitat. Este nuevo escenario se vio reforzado por la influencia de la Nueva Arqueología anglosajona, que no sólo aportó nuevos criterios interpretativos, sino que incentivó además la puesta en marcha de los primeros estudios de ámbito regional y, en consecuencia, de las primeras visiones de conjunto de las formas de hábitat y estrategias de ocupación del territorio. Esos

primeros estudios de conjunto (entre los que incluyo mi propia tesis doctoral) adolecían de varios problemas importantes:

- El primero (y que la propia doctora Licerias señala en el libro que ahora se reseña) es que estaban abordados desde una perspectiva marcadamente evolucionista, de forma que su objetivo prioritario era inscribir todos los fenómenos analizados en una secuencia crono-cultural que, en definitiva, debía encajar en los esquemas establecidos por la arqueología historicista tradicional.
- El segundo es que carecían de una información de carácter paleoambiental esencial para reconstruir el medio fisiográfico en el que se desarrollaron las comunidades estudiadas. El resultado es que las apreciaciones sobre las formas de ocupación del territorio y las estrategias de captación de recursos estaban basadas en la situación actual en vez de estarlo en la de hace dos milenios; es decir, suelen estar lejos de la realidad.
- Y el tercero es que no tuvieron en cuenta factores decisivos como las formas de interacción social o las cuestiones de etnicidad, género y rango o la construcción de la identidad. La consecuencia fue la pérdida de una necesaria visión holística desde la que entender en toda su extensión los fenómenos culturales analizados.

Pues bien, ha habido que esperar casi dos décadas para que las deficiencias comentadas comiencen a subsanarse. Y aquí es donde entra en escena el trabajo de Raquel Licerias Garrido, que en su versión impresa se presenta estructurado en siete apartados:

Comienza con una breve introducción (Capítulo 1) donde expone los objetivos generales del trabajo y algunos de los problemas estructurales que plantea su realización.

Tras ello, en el Capítulo 2 pasa a comentar la historia de la investigación sobre el tema así como a acotar cronológica y territorialmente las manifestaciones culturales que se van a tratar. Y pienso que este último aspecto es importante porque la autora no describe el medio físico actual, sino que hace un verdadero esfuerzo para (con la limitada información

disponible) reconstruir los paisajes existentes en el alto Duero durante el I milenio a.n.e. El resultado es una serie de interesantes acotaciones que ayudan a clarificar los contextos físicos en los que tuvieron lugar los fenómenos culturales analizados; algo que, al menos por lo que respecta a la Arqueología Celtibérica, no se hace con la asiduidad que sería deseable.

A continuación (Capítulo 3), se desarrollan las bases teóricas en las que se sustenta el trabajo. A este respecto, resulta esencial la adopción de un criterio simétrico, que permite a la investigadora dos cosas: en primer lugar, despojarse del lastre apriorístico procedente de las visiones más tradicionales de la Edad del Hierro del interior peninsular, centradas en investigar el carácter “celtico” de las poblaciones estudiadas y, en consecuencia, de una estructuración social dominada por guerreros-pastores, régulos, etc. En segundo, acceder a un vasto campo interpretativo en el que la relación paritaria entre las personas y su cultura material le permite hablar de mecanismos identitarios, de la materialidad de las relaciones de poder o de la construcción de los paisajes de acuerdo con unas expectativas vitales. Y lo más interesante es que sus posicionamientos teóricos en torno a parámetros tan importantes como los comentados sí que van a tener un reflejo directo en la interpretación del registro arqueológico que se desarrolla en los capítulos subsiguientes.

En los tres siguientes capítulos se analizan las dinámicas de poblamiento durante el I milenio a.n.e. La autora opta por agrupar las evidencias arqueológicas en tres periodos genéricos correspondientes a la Primera Edad del Hierro, la Segunda Edad del Hierro y los dos siglos finales del milenio, correspondientes al momento de contacto el mundo indígena con Roma. Esta secuencia, aún siendo genérica, le permite analizar el registro arqueológico de forma más efectiva, ya que elimina los límites impuestos por las tradicionales series cronotológicas, artificiales en la mayoría de los casos y cambiantes según los distintos autores manejados; es decir, inoperantes.

La sección dedicada a la Primera Edad del Hierro (Capítulo 4) comienza con una revisión de las evidencias de poblamiento del Bronce Final; escasas pero suficientes para identificar un patrón de poblamiento estacional y con arquitecturas endebles casi imperceptibles en el paisaje actual. Y suficientes también para poder contrastar ese patrón con el nuevo modelo habitacional materializado en poblados esta-

bles, contruidos con materiales duraderos y, a menudo, fortificados. Por sus rasgos formales, orientación económica e inserción en el paisaje logra distinguir tres grupos cuya aparición es relacionada en esta ocasión con procesos de apropiación del territorio y la construcción de nuevos paisajes sociales y simbólicos. Resulta interesante la introducción de la noción de “*work party feast*” como motivación para la construcción de las masivas fortificaciones que ostentan muchos de los enclaves relacionados con la denominada “Cultura de los Castros Sorianos”. Desde esta óptica, esos sistemas defensivos serían una forma de consumo conspicuo que permitiría superar la tradicional visión reduccionista que vincula la erección de esos sistemas defensivos al grupo residente, e inscribirlo en dinámicas simbólicas más complejas, en las que quedarían involucradas varias comunidades. Queda sin explicar, no obstante, por qué no se aplican esas mismas pautas en los otros grupos de asentamientos detectados en el Alto Duero y, yendo más allá, si la variedad formal detectada es el resultado de diferencias funcionales dentro del mismo sistema de poblamiento o de la existencia de agrupaciones social y políticamente independientes. Pero a pesar de esto último, creo que este capítulo maneja de forma exitosa las evidencias de poblamiento y los comportamientos funerarios a la hora de explicar procesos sociales donde la infancia, las mujeres, los hombres y la familia usurpan (por fin) el protagonismo que hasta hace pocos años tenían los frisos de piedras hincadas, las fibulas de doble resorte o las cerámicas pintadas postcocción.

La Segunda Edad del Hierro en el Alto Duero (Capítulo 5) es un periodo en el que el registro arqueológico experimenta un notable avance tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. Y esta circunstancia ha mostrado que a partir del siglo IV a.n.e. emerge en el área un nuevo contexto social, cultural y simbólico: el poblamiento urbano y, con él, los paisajes urbanizados. El resultado inmediato es que las categorías de asentamiento se amplían, visualizándose un amplio rango de asentamientos que, desde los centros urbanos hasta las pequeñas alquerías, definen complejos sistemas de ocupación del territorio. El análisis de la variabilidad morfológica y funcional existente entre los enclaves de mayor rango y su sistema de poblamiento subsidiario muestra unas fórmulas de ejercicio del poder de carácter transversal, descentralizadas espe-

cialmente pero sostenidas por lazos de parentesco u otro tipo de nexos simbólicos. Resalta también en este capítulo el exhaustivo análisis de los espacios domésticos desde un punto de vista tanto funcional como social e ideológico. En virtud de la relativa uniformidad perceptible, la autora señala que esos espacios no expresan desigualdades, sino que las difuminan. Por el contrario, las jerarquías socio-políticas se manifestarán en la propia gradación de los asentamientos, con las ciudades a la cabeza, mientras que los indicadores identitarios más individuales se hacen evidentes en otros ámbitos como es el funerario. En efecto, es en las necrópolis de esta fase donde aparecen claros signos de estatus que ponen evidencia una sociedad mucho más jerarquizada a la vez que nos aproximan a la morfología de los linajes y de las identidades en el ámbito familiar.

En el Capítulo 6 se examinan los procesos de transformación que en todos los órdenes experimentaron las sociedades indígenas tras la irrupción de Roma en el Alto Duero. La autora aborda el análisis de este periodo desde una perspectiva revisionista, sometiendo el término “*romanización*” a un profundo escrutinio epistemológico. Ello le lleva a rehuir los clichés tradicionales (basados en la conquista y la imposición cultural) y a rastrear los procesos de cambio no sólo en los equipos mobiliarios, sino en las formas de interrelación social y la impronta que la nueva organización va progresivamente imprimiendo tanto en las formas de hábitat como en el paisaje. Concluye que, tras la fase traumática de conquista militar y la consecuente resistencia indígena, se inicia un proceso transformador perceptible, sobre todo, en la sustitución del equipamiento material indígena por otro romano, de los ancestrales rituales funerarios por nuevos conceptos y rituales de la muerte y, sobre todo, en “el surgimiento de nuevos códigos, formas de actuar y de construir al individuo”. Eso sí... la nueva realidad, instalada firmemente sobre un nuevo sistema urbano impuesto por el estado romano, respetó la tradicional organización urbana desarrollada durante la Segunda Edad del Hierro.

Finalmente, en el Capítulo 7 se exponen los principales resultados de la investigación desarrollada por la autora. No considero necesario resumirlos aquí en aras a la concisión, aunque sí creo que es momento de ofrecer mi personal (y sintética) visión de conjunto del trabajo que he tenido la oportunidad de leer. Ante todo, pienso que es una contribución importantísi-

ma a la investigación sobre las comunidades prerromanas del oriente meseteño; sobre los Celtíberos, si se quiere utilizar una terminología tradicional. Y pienso que es importantísima por varias razones:

La calidad de la información que maneja es excelente. No sólo porque constituye una puesta al día de toda la el registro que tanto arqueólogos anteriores como nuestro maestro común Alfredo Jimeno Martínez han recopilado en las últimas décadas, sino también porque la autora ha combinado sabiamente las aportaciones de la Antropología, las Tecnologías de Información Geográfica (TIG), la Etnoarqueología y las Fuentes Clásicas.

Además, como especialista en la Edad del Hierro de la Meseta, me parece una obra que renueva ideas anticuadas a la vez que actualiza y unifica la información existente. En este sentido, a la hora de abordar su estudio la autora no parte de ideas preconcebidas que la arqueología tradicional española había convertido en paradigmas casi inamovibles (me refiero a la presunta condición de celtas, celtíberos, etc.). Por el contrario, propone nuevas interpretaciones basadas en el propio registro arqueológico añadiendo parámetros poco estudiados hasta ahora en la arqueología prerromana del interior peninsular. Sobre este último aspecto, mi interés por los procesos de interacción social en la Prehistoria derivado de mi formación en el Departamento de Arqueología de la Universidad de Lampeter (Gales) me permite afirmar que es uno de los trabajos más completos y avanzados referidos a la Edad del Hierro me-

seteña que han aparecido en los últimos años. Hablar de la Edad del Hierro en términos de etnicidad, género, identidad, espacios de negociación colectiva, modelado de los paisajes sociales, etc. es abrir nuevas y prometedoras vías para su estudio.

Por otra parte, el hecho de adoptar una terminología y unos criterios interpretativos de amplia cobertura internacional aporta a la obra un gran interés para cualquier especialista en la Edad del Hierro, ya sea del ámbito nacional o internacional. Y sobre todo, confiere a las comunidades estudiadas un rango cultural susceptible de comparación con otros grupos de la Edad del Hierro europea.

En definitiva, creo que el trabajo que ahora se reseña es una exitosa relectura en clave sociológica del registro arqueológico del mundo prerromano del Alto Duero. El resultado final es una visión totalmente renovada de las culturas que habitaron aquel sector peninsular durante el I milenio a.n.e. Y pienso también que la autora ha conseguido lo que pretendía al iniciar su investigación: centrar el discurso histórico en las personas y no sólo en los objetos que dejaron tras de sí. Queda mucho por hacer todavía, por supuesto, pero el trabajo de la doctora R. Liceras no sólo ha marcado líneas de trabajo muy prometedoras de cara al futuro inmediato, sino que establece las pautas para llevarlas a cabo con éxito.

Jesús A. Arenas Esteban
Universidad a Distancia de Madrid (UDIMA)
jesusalberto.arenas@udima.es